

BONNIE HONIG: *Democracy and the foreigner*, Princeton University Press, Princeton y Oxford, 2001. 204 páginas.

¿Qué problemas pueden resolverse *los extranjeros*? Ésta es la pregunta, de apariencia engañosamente sencilla, con la que la canadiense BONNIE HONIG revoluciona los debates sobre la inmigración, la ciudadanía y el multiculturalismo, hasta ahora centrados en cómo se debe solucionar *el problema de los extranjeros*. Este giro, en el que el extranjero deja de ser objeto pasivo para pasar a ser agente directo en la configuración de la base de la democracia, permite superar la xenofobia con la que hasta ahora se reflexionaba sobre la extranjería (p. 2).

Con el fin de arrojar una nueva luz sobre este fenómeno social, HONIG utiliza una metodología poco convencional en la que propone una sorprendente lectura de los clásicos de la teoría de la democracia —como *El Contrato Social* de ROUSSEAU o *Immigrant America* de MICHAEL WALZER— junto a una interpretación de clásicos de la cultura popular —como las películas *El Mago de Oz* (1939) o *Strictly Ballroom* (1993)— y de los relatos bíblicos de MOISÉS y de RUTH. El hilo conductor que le permite reunir este material tan diverso es la presencia en todos ellos de un extranjero.

Esta figura del foráneo llevará a HONIG de la crítica a la democracia liberal norteamericana a la alabanza de la democracia cosmopolita. De la mano del *extranjero*, nuestra autora llegará a la extraordinaria conclusión de que *la teoría de la democracia* pertenece al género narrativo de *la novela gótica femenina*, en la que el pueblo se enamora de (y a la vez

teme a) una ley que viene de fuera y no siempre resulta ser tan adorable como parece, y no al de *la novela gótica romántica*, donde un pueblo se enamora y se casa con esta ley para vivir juntos y felices para siempre (pp. 109-11). La autora no ignora la advertencia de RICHARD RORTY, en *Achieving Our Country*, contra la tentación de convertir en *gótica* la narrativa de la teoría de la democracia, pero considera que RORTY se refiere a la novela gótica de terror y no a la novela gótica femenina. La clave es que en esta última la preocupación reside en comprender la relación y los sentimientos, muchas veces encontrados, que conlleva la unión una vez que ya se ha producido (p. 110); un entendimiento que ella considera ausente en las interpretaciones actuales de la teoría de la democracia.

La figura del *extranjero* es fundamental porque la gente cruza fronteras continuamente. Para HONIG, sin embargo, lo importante para el análisis no es este hecho; lo esencial es la significación que se le quiere dar, y a favor de quién es presentado (p. 80). Para analizar la ambivalencia en los modos en que el imaginario democrático retrata esta figura, la autora establece un catálogo con los principales tipos de extranjero: el fundador, el inmigrante y el ciudadano.

La primera paradoja se presenta cuando se analiza al recién llegado como un *fundador*, como alguien que trae de fuera su energía, su virtud y su ley. Así, la unidad social nacional se consigue gracias a la dirección de un extraño (p. 33); una

contradicción que los discursos analizados tienden a resolver con la desaparición de este extranjero, bien por su marcha, bien porque se le utiliza como cabeza de turco de la violencia generada durante el proceso de creación de la unidad nacional.

Una segunda paradoja interpretativa se presenta a la hora de ver al que viene de lejos como *inmigrante*. HONIG constata, a partir de textos como *El libro de Ruth*, que la lectura que se suele hacer es la de un inmigrante que tiene que asimilarse con la población local, en lugar de abrir una puerta al multiculturalismo y repensar la democracia como negociación entre una pluralidad diversa, es decir, en lugar de hacerlo en términos de afinidades (p. 72).

Pero, sin duda, la ambivalencia más clara es la que se pone de manifiesto al ver al extranjero como *ciudadano*, hasta el punto que tanto los nacionalistas como los cosmopolitas utilizan esta figura para reforzar su ideología. Por ejemplo, en Estados Unidos, país que la autora considera repetidamente en sus ejemplos y en sus lecturas, los nacionalistas consideran que el inmigrante, al abrazar y admirar los valores americanos, los refuerza; mientras, los cosmopolitas consideran que este mismo inmigrante representa el carácter transfronterizo de la democracia norteamericana (p. 80). Pero lo más inquietante de esta paradoja es cómo esta misma xenofilia puede estar sentando las bases de la xenofobia<sup>1</sup>. Así, la visión capitalista del inmigrante potencia la xenofilia porque el extranjero cumple el “sueño americano” de conseguir trabajo y pasar de no tener nada a tener una vida acomodada,

pero también genera xenofobia pues se ve al otro como ladrón de los bienes y derechos propios. Lo mismo ocurre con la visión comunitaria, que alaba al inmigrante que se integra en la comunidad abrazando sus valores pero al mismo tiempo provoca crítica porque este retorno a los valores tradicionales en manos del *extranjero* puede estar frenando la evolución ideológica de la sociedad (p. 87).

De este modo, al ver la cantidad de interpretaciones posibles para el mito del inmigrante norteamericano, HONIG se sorprende de que todas ellas busquen la renacionalización y homogeneización del Estado, con argumentos basados en un “ellos” frente a un “nosotros”. HONIG afirma que estas versiones del mito de la América inmigrante están obviando que ésta es también la historia de una América basada en las demandas hechas por los extranjeros, esa gente venida de muchos lugares; a fin de cuentas, una historia de desnacionalización (p. 101). Por ello, y como solución a estas paradojas, propone una democracia basada en el voto de todos los residentes en un país y no sólo de los ciudadanos. Se trata de una reformulación de la democracia cosmopolita en la que no se sustituye al Estado por un gobierno internacional. El Estado sigue siendo una fuente importante de bienestar social y un apoyo para los grupos que buscan luchar contra instituciones internacionales o locales, aunque también sigue siendo una fuente significativa de injusticia, desigualdad y violencia, que se puede evitar abriendo la participación a los grupos desnacionalizados (p. 103).

<sup>1</sup> Para un análisis más amplio ver: B. Honig: “A legacy of xenophobia, a response to David Cole's: Their liberties, our security”: *Boston Review*, vol. 27, n.º 6.

Nuestra autora sugiere por tanto una forma de democracia cosmopolita que tiende a conciliar las divisiones entre cosmopolitismo y nacionalismo, entre ciudadanía afectiva e instrumental. Para HONIG esta forma de democracia toma cuerpo en organizaciones internacionales de defensa de los derechos humanos —como *Médicins du Monde* o *Humans Rights Watch*— así como otros movimientos que operan dentro y a través de las fronteras —como los defensores de los derechos de gays y lesbianas o los movimientos feministas— porque ponen de manifiesto la existencia de sitios en los que la pertenencia es afectiva pero no nacionalista, está arraigada

pero no sólo en la cultura, es profunda pero no particularista y es transnacional pero no desleal al Estado (p. 105).

Esta democracia cosmopolita resulta finalmente una proposición muy sugerente. Analizar el imaginario democrático que utilizan estos grupos transnacionales en sus discursos ayudaría, efectivamente, a revelar preguntas tan provocativas para el debate como las que plantea el presente estudio de los mitos de la democracia americana en torno a la extranjería, la inmigración y la multiculturalidad.

MAYRA MORO COCO